



Director:
E. HARO TEGLEN

En su número 77, TIEMPO DE HISTORIA incluye estos temas:

- 1931. LA SEGUNDA REPUBLICA, por Manuel Tuñón de Lara.
- LA SUERTE DE LOS DIPUTADOS DEL FRENTE POPULAR, por Joan Villarroya i Font.
- LA AGONIA DE LA REPUBLICA: HABLA JOSE DEL RIO RODRIGUEZ, por María Ruipérez.
- 23 DE ABRIL DE 1873: EL PRIMER ASALTO A LAS CORTES, por Alberto Castilla.
- GOLPISTAS DEL RUEDO IBERICO: DE PAVIA A TEJERO, PASANDO POR PRIMO DE RIVERA, SANJURJO Y FRANCO, por Carlos Sampelayo.
- OTRO GENERALISIMO: RAFAEL LEONIDAS TRUJILLO (1891-1961), por Gonzalo Goicoechea.
- CONSIDERACIONES SOBRE LA HISTORIA DE LA LENGUA LITERARIA, por Fernando Lázaro Carreter.
- ENTRE LOS VIEJOS Y LOS NUEVOS COMENDADORES: FUENTE-OVEJUNA. ¡MUERAN LOS TIRANOS!, ¡FUERA LOS BRACEROS!, por Antonio Ramos Espejo.
- ESPAÑA 1951: Selección de textos y gráficos por Diego Galán y Fernando Lara.
- PRESENCIA DE LA BRUJA, por Eduardo Haro Ibáñez.
- UNA HISTORIA MEDIADA DE ESPAÑA, por Víctor Claudín.

EN EL NUMERO DE ABRIL DE

TIEMPO DE HISTORIA

UN LIBERAL AL FRENTE DE LOS OBISPOS ESPAÑOLES

E. MIRET MAGDALENA

EL mundo eclesiástico es poco inteligente. La Santa Sede no tiene la sutileza diplomática que se le atribuye generalmente. Su historia está plagada de errores, despistes y tardanzas inoportunas. Y los especialistas talaes en cuestiones de Iglesia brillan generalmente por su falta de olfato del porvenir, como ha ocurrido ahora al predecir el nuevo presidente que sería elegido por los obispos.

Cuando se hablaba de la próxima presidencia del episcopado español, al dejarla Tarancón después de diez años de ininterrumpida reelección, se barajaron 5 nombres. Al principio era Yanes el que parecía más probable; después apareció en primera línea el nombre de Suquía; y al final casi todos los comentaristas se inclinaron primero por Delicado y luego por Girarda. Siempre había quedado desplazado en estas cábalas el bueno de don Gabino Díaz Merchán: su lugar en la mente de los «especialistas» era el último.

Dos posturas enfrentadas

Yo había conocido en mis años de Acción Católica a este bueno, tranquilo, tenaz y aparente cura de pueblo toledano, con una cultura superior a la media española del clero. Un hombre moderadamente abierto, comprensivo y tolerante, que dio un tono de serenidad a las variadas crisis de la Acción Católica en los años de su desarrollo por los 60.

Hombre sencillo y dialogante, que quería siempre tomar contacto con la realidad y que no mostró ningún engrimiento cuando accedió al cargo de obispo de Guadix primero, y de arzobispo de Oviedo después. Su auxiliar en Asturias, monseñor Yanes, era muy distinto: más rígido, menos tolerante, más riguroso en la doctrina vaticanista, y mucho menos abierto al diálogo y la comunicación.

Y, ahora, contra toda previsión de los «especialistas», se enfrentaron los dos en la elección: el liberal y el

firme. Y ganó el abierto por 3 votos de diferencia nada más.

Los «tarancónistas» y los que no querían el dominio demasiado asfixiante de la Santa Sede, en plena involución doctrinal y moral, le eligieron a él y ganaron por pocos puntos. En cambio, los «conservadores» de la vieja escuela, los «asustadizos» y los que prefieren seguir literalmente los vientos romanos a pensar por cuenta propia, se agolparon en torno a Yanes. La Conferencia Episcopal española está ahora dividida en dos mitades divergentes. Exagerando la nota podríamos decir que, en pequeña escala, se reproduce la batalla (incruenta batalla ahora) de las dos Españas en el seno de nuestra Conferencia Episcopal.

La sangre no llegará al río

Pero no se hagan ilusiones los lectores: aquí no pasa ni pasará nada. El mundo eclesiástico está demasiado acostumbrado a limar sus aristas y no llegará nunca la sangre al río.

Precisamente la tónica del episcopado español en estos años, ha sido llevada inexorablemente adelante por los nuncios que España ha padecido en estos tiempos. Lo más importante era conseguir unos líderes eclesiásticos sin nervio, sin personalidad destacada, que supieran ser sumisos ayer al franquismo y hoy al centro. En eso ha consistido todo su avance. Y, por encima de todo, que la Santa Sede no tuviera problemas de independencia con ellos: que fueran fieles portavoces



Gabino Díaz Merchán, su nombre era el último en la mente de los especialistas.

del amo que reside en Roma, y más todavía del conservadurismo de los dicasterios romanos.

Tarancón no gustaba en el Vaticano, especialmente en esta época involutiva de Juan Pablo II con su «polaquismo», porque resultaba demasiado independiente, a pesar de su afición a la política diplomática de nadar y guardar la ropa. Cuando las elecciones a Cortes últimas, no quiso seguir las consignas vaticanas de apoyar a la democracia cristiana de derechas, y cuando el divorcio salió a la palestra se mostró más liberal con una ley civil de divorcio que la mayoría de sus colegas españoles.

Y don Gabino, ¿qué hará después del hábil Tarancón? Sus declaraciones primerizas pueden ser ilustrativas: su figura la esconde tras los velos de la colegialidad, y no quiere afirmar su personalidad como presidente; su defensa de la libertad, suena más a afán de complacer a todos que a deseo de marcar una línea de apertura definida para la Iglesia española; su neutralidad política puede ser más una falta de compromiso con los problemas de España que un respeto a las libres opciones de los católicos.

Una débil esperanza

Y, sin embargo, no hay que ser pesimistas. Este obispo en Asturias es querido por todos sin reticencia alguna; durante el franquismo, los gobernadores civiles le temían por su independencia; y su ausencia de miedo a las consecuencias de sus actos resultó evidente en los momentos más

delicados de su gobierno eclesiástico.

Lo malo es que caiga en la tentación de ser más un presidente de términos medios, que una personalidad decidida de acuerdo con sus convicciones moderadamente abiertas.

Si escuchase el clamor de muchos católicos y no-católicos españoles desarrollarían dos cualidades hoy muy necesarias en nuestro mundo religioso. Una verdadera inquietud por hincar el diente al problema religioso español (nunca más verdad hoy que aquella frase de Azaña, cuando dijo en un sentido muy diferente al actual: «España ha dejado de ser católica»). Nuestra juventud está apartada del mundo de la creencia católica, no se interesa por ella, «pasa» de religión. Y, en segundo lugar, la independencia, la ausencia de rigor para favorecer las normas y doctrinas conservadoras, procurando más bien seguir su conciencia y respetarla en los demás; pero una conciencia realista, comprometida con los problemas de hoy, sin apartarse de los nuevos problemas del mundo moderno.

Estamos demasiado cansados de burócratas de Iglesia, defensores a ultranza de una institución que se ha hecho vieja, anacrónica y muchas veces inservible. Queremos más aire puro, menos formalismos, y abrir sin miedo —como hizo Juan XXIII— las ventanas a la problemática de la sociedad actual.

Un programa realista

¿Quiere esto decir que debía adoptar este nuevo presidente un progr-

sismo superficial, que aceptase todas las modas del momento y quisiera coger como fuera el tren de nuestro tiempo en plena marcha? No: ese sería otro error. Hay que darse cuenta de una vez que el mundo español ya no es un bloque oficialmente cristiano, ni siquiera sociológicamente lo resulta tampoco. Hay muchos conciudadanos que no comulgan con las doctrinas y prácticas tan conservadoras de la Iglesia Oficial, ni se interesan por ellas. Y, ¿por qué no reconocer también de una vez por todas que muchos españoles no son ni quieren ser católicos? Pero quien desee serlo todavía, que tenga la valentía de su propio cristianismo, si bien debe ser un cristianismo abierto y sin exclusivismos, ni privilegios ni discriminaciones.

Los creyentes hemos de tener una identidad propia, que no puede ser la de los retrógrados de ayer (ni tampoco de hoy); pero no debemos caer en un delicuescente humanismo superficial, que no se distinga nada más que por el afán de no singularizarse en nada de los no-creyentes ni tener la valentía de manifestar una convicción propia un poco más original que la de los «ultras» de la derecha o de la izquierda.

Lo peor son los mandos intermedios que tendrá durante varios años la *Conferencia Episcopal*: resultaron elegidos los conservadores, los anodinos, los que no quieren cambiar nada, o cuando más estarían dispuestos a ser unos camaleones a destiempo. El hecho de tener ahora un *Comité Ejecutivo* relativamente abierto, queda fuertemente compensado por una *Comisión Permanente* (siempre por encima de aquél) que es la «permanente» de siempre, la dispuesta a frenazos, esperas y temores.

Hemos de animar por eso a don Gabino a tomar más iniciativas, a jugarse un poco el tipo, a no desperdiciar esta ocasión única que va a tener en sus manos. A que sea valiente, y no se encoja ante los nuevos problemas ni ante el freno de sus propios colegas.

El ha conocido las desgraciadas crisis de la Acción Católica en 1966 y 1967, que terminaron por agostar un movimiento renovador dentro de la Iglesia que pudo adelantarse —y no lo hizo por culpa de los obispos de entonces— diez años a la transición y a la democracia en la sociedad civil y en la Iglesia, con grande e irreparable perjuicio para el país y para el cristianismo.

Queríamos —por lo mismo— que fuera algo más que un liberal que se lava las manos ante lo que está pasando religiosa y socialmente en el país. ■